



KATHERINE
LAMA
ABUDOJ

Abogada UC
Master of Public Administration, Columbia University

Multilateralismo y solidaridad para enfrentar la pospandemia

La pandemia del covid-19 ha puesto a prueba a nuestras sociedades y en tela de juicio la capacidad de respuesta de la arquitectura multilateral. La lamentable decisión de Estados Unidos de retirarse de la Organización Mundial de la Salud (OMS) no es sino resultado de duros cuestionamientos por los que atraviesan diversos organismos internacionales –críticas a su excesiva burocratización, carencia de estrategia y falta de *accountability*, entre otras–, precisamente cuando más urge una respuesta global coordinada y proporcional al reto que enfrentamos como comunidad internacional.

Hasta ahora, la respuesta de los países frente a esta amenaza común ha sido mayoritariamente unilateral. El cierre de fronteras junto con estrictas medidas de desplazamiento han buscado evitar la propagación de un virus que, cual efecto dominó, ya golpea a más de 200 países en todo el mundo. Sin embargo, el virus no conoce fronteras, no distingue, no discrimina. Y en consecuencia, la lucha contra esta pandemia requiere tanto de mayor y mejor cooperación como de más solidaridad mundial.

El cómo abordar las consecuencias socioeconómicas de la pandemia representa una prueba de fuego para el multilateralismo y la capacidad de conducción y liderazgo de los organismos centrales de Bretton Woods, tales como el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial, el GATT y la OEEC –estas últimas, predecesoras de la OMC y la OCDE, respectivamente–, instituciones que fue-

ron creadas para contribuir al desarrollo, a la cooperación económica y a la reconstrucción después de la Segunda Guerra Mundial.

Así como el fin de la guerra determinó el establecimiento de una nueva arquitectura internacional, hoy se requieren nuevas formas de cooperación multilateral, más eficaces, más convergentes, con soluciones pragmáticas y coordinadas, pero que, al mismo tiempo, sean posibles de adaptar a las distintas realidades y necesidades nacionales. Lo anterior representa también un escenario de desafíos y oportunidades para los organismos de integración regional, en particular para la Alianza del Pacífico (AP) que este 2020 preside nuestro país y que ya trabaja en 14 áreas prioritarias, como facilitación de comercio, apoyo a las pymes, promoción del turismo intrarregional, impulso al comercio electrónico; todas medidas que apuntan a la recuperación de la región una vez superada la emergencia.

Si bien todavía es prematuro vaticinar un cambio, o, mejor dicho, la magnitud del mismo, el multilateralismo como lo conocemos deberá reinventarse, como tantas otras realidades previas a la pandemia. Desde la frecuencia y necesidad de reuniones presenciales, hasta el contenido de sus agendas de trabajo y prioridades, estos cambios ya han comenzado a observarse en distintas esferas. No podemos olvidar que, como respuesta a la crisis financiera de fines de los 90, nació el Grupo de los 20 o G20, un foro de ministros de finanzas y titulares de bancos centrales. No obstante, para hacer

frente a la crisis *subprime* en 2008, convocó por primera vez a los jefes de Estado y de gobierno con el objetivo de «rediseñar el sistema financiero global». Hoy, los miembros del G20 representan más del 85% del PIB mundial y constituyen uno de los bloques más influyentes, y del cual se espera una respuesta global coordinada y un nivel de ambición mayor respecto de las medidas para enfrentar tanto las consecuencias económicas como sanitarias de la pandemia.

Sea como fuere, la actual coyuntura ha puesto en evidencia la necesidad de mayor coordinación y colaboración. En palabras de la canciller alemana Angela Merkel sobre la «reconstrucción» pos-covid-19: «Desde la Segunda Guerra Mundial, no ha habido un desafío (...) que dependa tanto de nuestra solidaridad común». Solidaridad de nuestros gobernantes, para enfrentar unidos las carencias de los sistemas sanitarios y las graves consecuencias de la inevitable depresión económica; solidaridad de nuestra clase política, aunando voluntades y esfuerzos que faciliten y no obstaculicen la obtención de acuerdos; solidaridad del sector privado, para movilizar los recursos que sean necesarios en la construcción de una «nueva normalidad»; solidaridad de la sociedad civil, que promueva mayores espacios de diálogo, participación y cooperación internacional, y finalmente, de nuestra propia solidaridad como acción individual, que contribuya a aquel esfuerzo mancomunado que nos permitirá sortear las graves consecuencias de esta pandemia, tanto a nivel nacional como internacional. 